



# El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XXVII

Zaragoza, 5 Junio 1925

Núm. 627

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 5

Teléf. 1578

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ

Calle Benavente y Moriones, 5,  
fábrica de toquillas (antiguo  
camino del Sábado).

## NUESTRO PRELADO

El día 17 del pasado mes, como saben nuestros lectores, hizo su entrada oficial en esta ciudad nuestro Prelado, Excmo. y Rdmo. Doctor D. Rigoberto Doménech Valls.

Y la ciudad entera acogió al Prelado con manifestaciones entusiastas de veneración y de amor.

Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.

La orfandad de la Diócesis ha cesado: tenemos ya Padre.

La Sede cesarugustana ha dejado de estar vacía: tenemos ya Pastor.

Una horrible tragedia puso fin al

glorioso Pontificado del egregio Cardenal Sr. Soldevila.

Una providencia amorosísima del Señor nos ha traído, al cabo de dos años de dolorosa vacante, al por títulos mil insigne Sr. Doménech.

No sabemos de nadie que no se haga lenguas de su bondad.

Quienes le han conocido al frente del Seminario de Valencia y de la Diócesis de Mallorca, ponderan sus dotes de gobierno.

Quienes saben de su vida íntima, hablan con encomio de su recia y atrayente espiritualidad.

Demos gracias a Dios que nos ha dado tal Pastor y tal Padre.

El Eco de la Cruz se complace en dar público testimonio de filial afecto al Padre bondadosísimo.

De adhesión inquebrantable y rendida obediencia al Pastor bueno y al Maestro insigne.

De plena sumisión al Prelado, puesto por Dios para regirnos y goberarnos.

En nuestra callada y silenciosa labor de 27 años, no menos fecunda por tan silenciosa y callada, no hemos tenido otro norte que la Cruz.

¡Con qué fervor hemos deseado siempre que la Cruz cobijara a nuestro pueblo, y que a su sombra vivieran todas las almas!

Y porque todas vivieran de su vida hemos trabajado siempre.

Pero siempre también teniendo por guía las enseñanzas de nuestros Prelados.

Nunca supimos de otro camino seguro ni de otra fuente de bendiciones celestiales.

Ni lo sabremos nunca.

Por esto hoy, como ayer, como siempre, y aún con más razón que jamás la hubo, El Eco de la Cruz atrevese a llegar hasta el nuevo Prelado para decirle:

Señor: somos muy poca cosa, sin más valor que el que puede tener un mísero trabajo de cada quince días, y sin otro mérito que el de la recta intención que mueve nuestras plumas; obreros innominados de la viña que Dios ha puesto bajo vuestro paternal cuidado: simples soldados de fila, y aún mejor que soldados, apóstoles del Cristo hecho todo amor por amor de los hombres.

Somos los más pequeños de los que se han consagrado al apostolado de la prensa.

Pero aunque pequeños, a nadie cedemos en la alegría que sentimos por teneros por Padre, por Maestro y por Pastor.

Como no cederemos jamás en adhesión a vuestra sagrada persona y en rendida obediencia a vuestros mandamientos e indicaciones.

Y mientras pedimos al Señor con toda el alma que vuestro Pontificado sea tan largo como glorioso, y a la Virgen que os tenga siempre por de su especial predilección, dignaos bendecirnos y bendecir a nuestros lectores con bendición larguísima.

M. DE SANTA CATALINA.

## FUEGO VINE A TRAER A LA TIERRA

(Una buena poesía en unos versos flojos)

¿Qué quiero, sino que arda?  
Oh Jesús, nuestra esperanza,  
esa fué tu exclamación;  
que arda, pues, vida mía,  
que ardas en mi corazón.  
Que ardas de noche y de día,  
que ardas sin interrupción.

Arda ya el divino fuego,  
arda según tu querer,  
arda por todo mi sér,  
Jesús mío, yo te ruego  
que Tú lo hagas arder  
y que me consumas luego.

Yo bien conozco, Señor,  
que mi corazón te ama;  
te suplico que este amor  
no sea de ceremonia;  
quiero que sea esta llama,  
que en mi pecho siento ahora,  
más fuerte y abrasadora  
que el horno de Babilonia.

Yo siento vivos deseos  
de amarte con más ternura  
que los jóvenes hebreos  
en las campiñas de Dura.

Arda la divina hoguera  
y que a sus alrededores  
se vengan los pecadores  
que viven en fría espera,

Señor, mándalos sentarse,  
que se calienten siquiera,  
y a los que a tu lado están  
no les dejes ausentarse,  
que si logran calentarse  
bien pronto se abrasarán.

Haz que la divina llama  
que a tu corazón inflama  
arda en el corazón frío  
de los pobres pecadores,  
que se penetren, Dios mío,  
de tus divinos ardores.

Tu amor a nadie desdeña,  
y por eso yo quisiera  
acarrear mucha leña  
para echarla en esa hoguera.  
Mas ¿por qué digo quisiera?  
Quiero, Jesús mío, quiero,  
si las aceptas de mí,  
traer astillas aquí,  
que se abraze el mundo entero.

Oh, Dios mío, quién me diera  
que la tierra se abrasara,  
que todo el mundo te amara  
y en tu amor se consumiera.  
Venga ya el divino ardor,  
de tu hoguera, Jesús mío,  
porque el mundo está muy frío  
y necesita calor.

LA MENDIGA.  
R. I. P.



## TRIBUNAL BARATO

—Macario.  
—¿Qué manda usted?  
—Que entres.  
—¿Sermón tenemos?  
—Precisamente sermón, no; sólo un cambio de impresiones sobre cosas de actualidad.  
—Pues vaya usted cambiando, poco a poco, que luego entraré yo y l'ayudaré a cambialas de sitio en un momento.  
—Deja todo lo que estás haciendo y entra.  
—¿Tanta prisa corre?  
—Tú entra y no te metas en más.  
—¿Mando y ordeno?  
—Sí, mando y ordeno.  
—Bueno, pues ya hará usted el favor de dame treinta y cinco céntimos, pa comprale medio litro de leche, como dijo el señor médico.  
—Pero, hombre, si te he dado ya

los dineros para la leche esta mañana.  
—Es verdá, sí, pero esa leche no valdrá.  
—¿Por qué?  
—Porque se va a salir, que la tengo en el fuego y, mientras cambiamos eso de un lao a otro, adiós, donde estará cuando güelva, por mucho que corramos.  
—Pero, hombre, quítala del fuego, ¿no sabes más?  
—Como ha dicho usted mando y ordeno...  
—He querido decir que entraras pronto, no otra cosa.  
—Voy, pues, a quitar la leche del fuego.  
—Date prisa.....  
—.....  
—Macario, Macario...  
—Ya voy.

—¿Tanto cuesta quitar la leche del fuego?

—Es que quema mucho el puchero y me abraso, y pa que se enfríe hi apagao el fuego y ya se está enfriando, qu'hi echao una jarra de agua.

—Pero, hombre, por Dios, coge un trapo y con él...

—Ahí está el trapo aparente; no ve usted que nusotros nunca calentamos leche y no está uno preparao. Lo pior es que no sé lo que será de la leche.

—Todo sea por Dios.

—Ca, no señor, pol puchero; qu'hi ido a cogelo, tenía el asa rota y m'hi quedao con ella en la mano.

—¿Y la leche?

—Pol suelo; no sé si podremos recoger algo dimpués.

—No sé cómo te aguanto, Macario; Dios me da mucha paciencia; de lo contrario, no sé lo que sería de ti. Siéntate, vamos a cambiar las impresiones que te he dicho sobre el asunto de mayor actualidad.

—Si no quíe usted molestase, ya las cambiaré yo todas; dígame usted ande están y a dónde las hi de llevar.

—Pero, hombre, no seas bruto; cambiar impresiones sobre un asunto es hablar sobre ese asunto.

—Yo pensaba que era llevalo de un lao pa otro.

—No, hombre, no; no son cosas de llevar.

—Pues hable usted en castellano y así nos entenderemos.

—Pues ¿en qué estoy hablando, más que en castellano?

—Pues pa mí como si hablara usted en portugués.

—Vamos a hablar, hijo mio, del Corpus.

—Que ya debe estar cerca, porque hace calor, y siempre que hace calor viene el Corpus.

—Sí, hijo mio, el Corpus, el Cuerpo de Cristo, el...

—Pero ¿qué es eso? ¿Llora usted? Vamos, hombre, ¡con el tiempo que está haciendo! Paice mentira; en mi vida lo había visto a usted tan afligido; a lo mejor será que l'ha venío a la memoria de cuando se murió su madre y... no haga usted caso, que eso hace muchos años; otros se quedan sin madre de chiquitines y usted ya estaría criada.

—Que no es eso, hombre, que no es eso. Me pasa todos los años, cuando se acerca el Corpus Christi. Cuando levanto mis ojos al Cielo y veo a Dios tan grande y tan bueno, siento necesidad de elevarme y darle un abrazo; luego, cuando considero que ha bajado, al vernos tan pobres, tan leprosos y tan necesitados, al calabozo de este mundo y ya no nos ha dejado, se ha quedado con nosotros preso, a correr nuestra suerte, sabiendo que nosotros habíamos de ser sus carceleros, malos, ingratos, sin entrañas, que continuamente nos llama, al vernos pasar ante las rejas de su cárcel y no hacemos caso, y oímos insensibles sus gemidos, que se queja, que tiene sed, sitio, y pasamos de largo haciéndonos el sordo, como si fuera un extraño y como si nosotros fuéramos los señores que nada necesitan y El el miserable que carece de todo, y es mentira, porque El es el Dueño de todas las cosas y está dispuesto a darlo todo, y nosotros somos unos pobretones que ni aun el suelo donde caemos muertos es nues-

tro. No tenemos más que una cosa, este orgullo que nos mata y nos hace despreciables y ridículos. Sí, Macario, me voy a confesar contigo; tengo un pecado que me da mucha pena. Hay días que veo a Dios tan grande y tan bueno que desearía que no fuera así, que fuera menos bueno; porque así yo me daría menos asco, no me vería tan malo, es decir, no le debería tanto como le debo. Sobre todo, cuando pienso en el Santísimo Sacramento, en la Hostia Santa, en donde no sólo le podemos abrazar, sino que le podemos comer, lo mismo que se comen los niños a las madres, y no uno, sino todos, vamos, hijo mío, que no puedo, no merecemos... esa... dicha.

—Vaya, ya le entra otra vez la llorera. No tenga usted pena, señor, que usted no irá por eso a presidio; no ve usted cómo yo estoy tan tranquilo, y no lloro, ni paso pena por nada?

—Sí, hijo mío; pero, a veces, esa tranquilidad cuesta muy cara.

—Nada, ni un céntimo; a mí nadie me ha dao nada.

—Pero insisto en que eso cuesta caro, porque es a costa de hacerse uno de piedra, como tú.

—El tío Francisquico, que entiende mucho de esas cosas, porque en sus tiempos fué picapedrero, decía que era yo de cemento; usted, que soy de piedra; ¡les ocurren a usted, qué icise, a los viejos, unas cosas!, que si ¡uno lo tomara en serio! Pero es que la cabeza se le va, dice muchas tontadas, u no sabe lo que dice. Y es que usted no tiene quince años, y no está más que pa sus sopicas, su chuletica, su huevico pasao por agua y a la camica, hasta las once, y a esperar así que venga lo que tiene que venir, y le va a pillar sin arreglar sus cosas, y luego, el pobre Macario, que s'arregle como pueda, que, como es de piedra, u de cemento, u de calabaza... vamos... que se me va poniendo la cabeza como a usted.

—Bueno, Macario, no me quiero incomodar; volvamos al Santísimo Sacramento.

—Volvamos ande usted quiera, y si quiere usted que cambiemos alguna cosa de sitio, por mí no hay inconveniente.

—Nada, vamos a hablar sólo.....

—Corriente, empiece usted.

—Pues bueno; digo que, en el mundo, hay que comulgar más y mejor. Todos nuestros males vienen de eso, de que se comulga poco, o se comulga mal.

—¿Aún qué usted que comulgue más la gente? ¡Misté lo que son las cosas; yo daría una orden pa que no comulgáramos más que los güenos de verdá; y con nuestra licencia correspondiente, como las licencias de caza; el que no tuvía licencia que no cazara, digo, que no comulgara. Y la licencia que costara tres u cuatro pesetas, en casa del Gobernador. Vería usted cómo no se comulgaba tanto.

—Macario: he observado que todos los que comulgáis con carne de lobo ponéis muchos reparos a los que comulgan con carne de Cristo.

—Alto ahí; yo no comulgo con carne de lobo, es una calunia que s'inventa usted, sin motivo. Pero, ¿dónde se saca usted que yo comulgo con carne de lobo? Ojalá, porque a mí la

carne, aunque sea de lobo, m'arrastra. Pero yo comulgo como los demás, una vez al año, y si se terciá, dos y tres veces, que no sé cómo resisto.

—Pues aunque te sepa malo, Macario, te digo y te repito que tú y la mayor parte de los hombres comulgáis con carne de lobo, o de tigre, que es peor.

—Y dale con el lobo.

—Mira, Macario, hijo mío, yo juzgo de las cosas y de las personas como me ensña nuestro Señor Jesucristo, por sus efectos. Veo a un hombre ordenado, pacífico, tranquilo, lleno de amor y de misericordia para con su prójimo, dispuesto siempre al sacrificio por la Humanidad y superior en todos los momentos a esas miserias y pqueñeces de que está llena la vida de los hombres, y digo: "Este hombre por fuerza que se alimenta de la carne de Cristo, si, de ese Cristo grande, que es el único que merece llamarse hombre: *Ecce Homo*". Pero veo otros hombres que son una verdadera calamidad: iracundos, rencorosos, vengativos, siempre dispuestos al mal, al odio, a sacrificarlo todo a su torpe y asqueroso egoísmo, y me digo también: "He aquí un hombre que comulga como el otro; pero que no comulga con la carne de Cristo, sino que debe comulgar con carne de lobo, pues en todo sabe a lobo". De donde resulta, hijo mío, que todos los hombres comulgamos con una carne u otra, y cada carne nos hace como ella es. La Carne de Cristo nos hace otros Cristos; pero la carne de lobo nos hace otros lobos. Ya no me extraña que un filósofo haya dicho: *Homo homini lupus*. El hombre es un verdadero lobo para otro hombre. Sí, hijo mío, el hombre es según su comunión. El avaro, que comulga con el oro y con la plata, se hace duro como el metal y no ana a nadie, ni de nadie tiene piedad y compasión. El lujurioso, que no goza sino revolcándose en el cieno, comulgando con la ciénaga, se hace como el cerdo, sucio y grosero como él. Por eso tú, que comulgas con la carne del lobo, tienes algo parecido al lobo.

—¿En qué?, vamos a ver.

—En que siempre estás gruñendo; en que no gozas más que desgarrando y tragando carne; en que nadie te quiere, pues te indispones con todo el mundo.

—¿Yo? ¿Con quién m'ha visto usted a mí reñir?

—¿Con quién? Es muy difícil contestarte a esa pregunta; aunque estuviera tres días seguidos no acabaría; en cambio te contestaría en un momento, si tuviera que contestarte a esta otra: "¿Con quién no has reñido tú?" Y no es que yo quiera decir que tú comas realmente carne de lobo; pero comes, con tu pensamiento, espíritu de lobo, espíritu de su crueldad, de sus instintos crueles, de su ferocidad, de su falta de mansedumbre. Tú comulgas con carne de lobo espiritualmente. Y por eso todo el mundo está tan mal; los hombres somos una raza de lobos que nos pasamos la vida mordiéndonos los unos a los otros, con una ferocidad inaudita, y el mundo no andará bien hasta que a los hombres no les dé por coner la carne de cordero, que es todo mansedumbre, sobre todo del cordero celestial, que borra los

pecados del mundo y que inocula en la raza sentimientos de cordialidad tales, que obliga a exclamar con entusiasmo y santa alegría: "Paz, paz, paz en la tierra a los hombres de buena voluntad". Créeme, Macario, tener voluntariamente pensamientos sanguinarios, rencorosos, iracundos, brutales, etc., es comulgar espiritualmente con carne de lobo, y hace al hombre como un lobo. En donde verás lo mucho que hace y el poder que tiene la comunión, aunque sea espiritual, para el bien o para el mal, según ella sea buena o mala.

—Pero, lo que yo no puedo comprender es quién l'ha podido meter en la cabeza que un servidor comia carne de lobo, porque desgraciadamente yo no *hi probao* esa carne, ni otras carnes.

—Yo he dicho que tú comías carne de lobo espiritualmente, y eso no me lo ha dicho nadie, lo comprendo yo.

—Y ¿espiritualmente, qué quiere decir?

—Espiritualmente quiere decir que comes con el pensamiento.

—¡Ah! ¿No es otra cosa? Sí, señor, sí que como carne to los días, y aun to las noches. Pero, créame usted, la mayor parte de las veces me voy por otro lao, más a la derecha: perdices, corderos, ternasquicos, pollos, gallinas; ¿lobos?, pocas veces; *hi* de tener mucho hambre. Y aun así, como de pensamiento, los cordericos van baratos, casi siempre me voy por ese lao, u por las perdices, que a ese precio también son baratas.

—Mira, hijo mío, no puedo más; dejemos esto para otro día; veo que aún hay tela cortada para otro cambio de impresiones.

—Güeno, pero conste que, hasta el presente, no *hi catao* la carne de lobo; no porque no *haiga tenío* ganas, sino que.....

—Basta, haz la cena.

EL MAGO.

## ECOS DEL SAGRARIO

¿Puedes poco!

No importa.

Haz por atraerte las bendiciones de Dios.

Con ellas, todo trabajo es fecundo. Sin ellas, estéril es aun el mayor esfuerzo.

¿Qué es el altar?

Un trono en donde se asienta la Majestad de Cristo.

Pero aún más que trono, es una Mesa, a la que nos acercamos para comerle.

¿Que para qué le comemos?

Para mantener la vida de Dios en nuestras almas.

¿No es la vida calor?

Pues para que su amor, que es fuego, aumente en nosotros.

¿No es la vida movimiento?

Pues para que a impulsos de su amor sepamos hacer obras de santidad.

¿No es la vida fuerza?

Pues para que no sucumbamos en las luchas con el mal.

¡Oh, si las almas supieran los raudales de vida que brotan de la comunión bien hecha!

M. DE SANTA CATALINA.

# HOJA PARROQUIAL DE ALCOBENDAS

—Señor Cura; yo me formo aquí mi Religión, y la practico como me parece. Cada cual tiene su manera de servir a Dios.

—¡Ya! Y tu manera es no servirle de ninguna. Lo mismo que tú piensan muchos, que no piensan en nada; y yo, concretando, he de decirte que el libre pensamiento, y contestó que eso significa el no pensar en nada; y yo, concretando, he de decirte que el libre pensamiento todo se deduce al *pienso libre*. ¿Quién te ha dicho que cada uno es libre de servir a Dios como se le antoje? Eso sería bueno si El no hubiera dicho cómo quiere ser servido; pero, como lo ha dicho, es preciso servirle como quiere ser servido. Me dirás, tal vez, que este es negocio solamente tuyo, y yo te diré que no es cierto, pues antes que tú nacieras y después que hayas muerto, la Iglesia es siempre la encargada de decir a los hombres cómo han de servir a Dios. Por tanto, formarte tú la Religión a tu manera, es no tener ninguna.

—Sí; tiene usted razón. Pero, ¿qué es el infierno? ¿Ha venido alguna vez de allá quien nos lo cuente?

—No; y si tú entras en él, tampoco volverás para contarlo. Precisamente, porque nadie vuelve, debíamos hacer lo posible por no caer en él. Tú, a lo sumo, podrás decirme que no crees en él; pero eso que tú niegas así, tan de pronto, ha sido objeto de grandes dudas para los impíos más famosos. Cuando le preguntaban a Rousseau si había infierno, contestaba: ¿qué sé yo? Y cuando a Voltaire le aseguraba un amigo que había encontrado la prueba de la no existencia del infierno, él decía únicamente estas palabras, que merecen meditarse: ¡Dichoso usted! Yo, por mi parte, no he logrado llegar a tanto. De modo que hasta los hombres más enemigos de la Religión, en este punto del infierno, no tienen más que un ¿qué sé yo?, pero no una negación rotunda. Y tú ¿te atreverás a tanto? Has de saber que Jesucristo Nuestro Señor habla en sus Evangelios acerca de la existencia del infierno, nada menos que quince veces, y Jesucristo es Dios, que ni puede engañarse ni engañarnos. Por consiguiente, ya no puedes negarlo racionalmente; pero, por si te ocurre esta insensata blasfemia, te diré que, desde que el mundo es mundo, no hay religión ninguna que no haya creído en el infierno. Lo creyeron y enseñaron los judíos, depositarios de la divina revelación; lo han creído todos los filósofos, poetas y naciones de la antigua gentilidad; hoy lo creen todos los paganos, los moros, los salvajes. En todas las tierras habitadas descubiertas y que se van descubriendo se encuentra ese dogma de fe, aun entre las religiones más bárbaras y groseras. Los mismos protestantes que han negado casi todos los dogmas, no se han atrevido a negar el infierno. La misericordia de Dios es

infinita, pero también es infinita su justicia. ¿Qué idea, pues, tendrán de la justicia de Dios los que niegan el infierno? ¿Los que quieren asignar el mismo lugar al ladrón y al santo, al opresor y al oprimido? ¿Qué dirías de un juez que, después que un tutor ha dilapidado todos los bienes de su pupilo, sentenciara oprimiendo al pupilo para absolver al tutor? Pues esto es lo que quieren de Dios los detractores del infierno; quieren que el bribón que ha vivido a costa de los sudores, de las lágrimas y del martirio del pobre, tenga la misma recompensa que el pobre a quien ha oprimido, y entonces Dios no sería infinitamente justo.

—Bueno; pero la religión es buena allá para las mujeres.

—Y mejor para los hombres. Porque, o es verdad lo que la Religión enseña, o es mentira; si es mentira, está de sobra para los hombres y para las mujeres; pero si es verdad, la necesitan los hombres más que las mujeres, porque sus pasiones son más violentas, sus medios de obrar más fuertes, sus ocupaciones más importantes, sus obligaciones más graves, sus vicios más dañosos y sus peligros más continuos. Si hombres y mujeres tenemos deberes muy arduos que cumplir, sin embargo, hay que tener en cuenta que los hombres somos los maestros, los tutores y defensores de las mujeres. De los hombres salen los ministros de Dios, los soldados defensores de la patria, los jefes naturales de la familia, los gobernadores de los pueblos; y ¿todo esto se puede ser sin religión? A todos toca cumplir los mandamientos de Dios; por tanto, obliga a hombres y mujeres.

—Pero, señor Cura, hay que dar a la mocedad lo que es suyo.

—Según lo que entendamos por este *suyo*. Ya sé yo que la juventud tiene sus gustos particulares, como cada edad tiene los suyos, y que no se va a obligar a un joven a hacer la vida como un viejo. Pero sé también que el joven, de menos experiencia y de sangre más viva que el anciano, necesita buscar con más frecuencia el auxilio de la Religión en los embates de la vida. Dios tampoco ha de exigir a cada uno sino según el talento, las fuerzas y disposiciones naturales de cada uno fortalecidas con la gracia y no le exigirá más de lo que le ha dado, pero al joven le pide más porque le ha dado más fuerzas y más valor para cumplir los deberes cristianos; y esto es compatible con los recreos, pasatiempos y diversiones honestas. ¡Si supieran cómo se lloran en la vejez los errores de la juventud, y cuánto se echa de menos el tiempo malgastado! Ya lo dice el cantar:

A las puertas de la muerte  
Con lágrimas dice el viejo:  
"Cuando pude, no sabía;  
Y ahora que sé, ya no puedo".

Por un olvido involuntario se dejó de colocar en la "Hoja" anterior el matrimonio de Félix Martín Astorga con Antonia García Ramos.



El sello me tengo roto,  
¿Con qué lo remendaré?  
Con picos de malas lenguas  
Que cuentan lo que no es.

Las apariencias de Judas  
Creo que me estás haciendo:  
Por de'ante buena cara,  
Por detrás me estás vendiendo.

Cuando empecé a conocerte  
Siempre tenía mis dudas;  
Pero ya me he convencido  
Que eres más falso que Judas.

## ROGATIVAS

En esta villa y a petición de autoridades y pueblo, se celebraron, como si dijéramos, tres fiestas, pues tres constituyeron los días de rogativa, para implorar del Altísimo el beneficio de la lluvia que, por cierto, ha venido a superar la esperanza de los labradores. El tercer día se condujeron hasta la Ermita de Nuestra Señora de la Paz las imágenes del Santo Cristo de la Columna, en honor del cual se celebró un triduo, y de San Isidro. La primera imagen hacía que no se la conducía por ese camino cerca de 300 años, desde que se efectuó el milagro del sudor en todo su cuerpo, hallándose entonces en la ermita de San Cristóbal, y la segunda, recordó lo que dice su historia, es decir, que cuando vivía en Torrelaguna venía a Madrid para visitar a la Virgen de Atocha, pasando por la Ermita de la Paz para saludar tan bendita imagen. Sea todo para gloria de Dios.

MARIANO SEBASTIÁN IZUEL.

A. M. D. G. et B. M. V.